

de bull-dog hurraño y mal genioso; de Viviani, el orador de quien, como de Dumas padre, se diría que es una fuerza de la naturaleza. Pero ninguna tan original, tan rebelde, tan escasamente oficial como la de Daudet.

Su prestigio no le viene exclusivamente de la política; la cámara se limitó a consagrarlo. Si el autor de *El viaje de Shakespeare* fuera solo un diputado, un politicastro a secas, ningún mérito tendrían esas algaradas que provocan sus arengas, ni nadie toleraría los improperios cotidianos que lanza en *L'Action française*. Mas él representa un tipo de hombre político que en nuestra América, salvo las excepciones de Salvador Díaz Mirón en Méjico, de Santos Chocano un poco en todas partes, de Blanco Fombona en Venezuela, es casi desconocido: el del intelectual que desafía todos los peligros por defender una bandera, el del artista que alza las mangas de su camisa y combate en plena calle por imponer un dogma y esgrime la pluma igual que una espada, cuando no se sirve simultáneamente de la espada y de la pluma. Hoy Daudet puede darse el lujo de pasar por cobarde. Hace poco recibió la visita de dos señores que, en nombre de un tercero, le pedían rectificara ciertas frases injuriosas. El respondió negándose a la retractación, sin aceptar el duelo que lógicamente debía seguir. Nadie, sin embargo, le acusó de pusilanimidad, porque sus lances de honor pasaron ya, por el número, al dominio de lo caballeresco. Y esos encuentros no tuvieron más que una razón íntima, aunque pudieron variar en la forma: la violencia al luchar por una doctrina literaria o política—política sobre todo—o a destruirla cuando ha sido opuesta a la suya.

Muchos, especialmente los ecuánimes, objetarán que no siempre es preciso, para propagar una idea, enlodar a los mantenedores de la idea contraria. En efecto, el amor a un ideal no impone invariablemente la barricada o el tumulto. No obstante, esta es una cuestión de temperamento y de convicción. Daudet sostiene que el único remedio eficaz para destruir una teoría nociva, consiste en socavar, en vilipendiar cuanto sea posible la personalidad de aquel que la sustenta. En su libro *El estúpido siglo diez y nueve*, p. 9, él explica así la utilidad de la violencia, coincidiendo con el filósofo Balmes.

«Las polémicas *ad principia* tienen su autoridad y su valor. Pero ellas no resultan percutientes sino cuando se encarnan, cuando se transforman en polémicas *ad personas*, al menos en lo que respecta a los vivos. Usted complica la labor, gritan los perezosos y los tímidos. Para vosotros quizás, que

os contentáis de un remedo de lucha y de falsas victorias académicas. Nosotros, al revés, las simplificamos para aquellos que desean resultados tangibles, positivos, sólidos.»

Y en el mismo volumen, p. 54, repite con Maquiavelo: «No perdonéis jamás a un enemigo público ni privado. Si lo tratáis con benevolencia, él, cuando la ocasión se presente, no os perdonará. Vuestra ridícula generosidad ocasiona la desgracia de vuestro país, o de vuestra familia.»

Semejante concepción de la vida necesariamente debía llevarlo muchas veces a los extremos. Con frecuencia practicó una suerte de sacrilegio al llenar de epítetos crueles la memoria de literatos gloriosos como Zola, como Víctor Hugo (con cuya nieta, Jeanne Hugo, contrajo matrimonio a los veintisiete años), de políticos como Waldeck Rousseau, como Gambetta, etc. Bien podemos perdonar esos excesos a este inconforme cuya actitud viril frente a los poderosos es la mejor prueba de la sinceridad que pone en sus credos.

Es muy proteica la figura de León Daudet, y tanto, que una sola de sus fases bastaría al interés de un estudio. Yo me limitaré a esbozarla a grandes trazos, dejando a otros la tarea de definirla.

* *

Hay en él el diarista, y, dentro de ese redactor de artículos cotidianos se descubre, ora un filósofo, ora un artista, ya un erudito escrupuloso, ya un crítico, o un político apasionado, y siempre un hombre de acción. Viene después el autor de libros y en esta otra modalidad revélase cronista admirable al evocar los personajes ilustres conocidos en los salones parisienses (*Devant la douleur, Salons et Journaux*); historiador deslumbrado ante la dictadura—, que exalta con fervor, —del voluptuoso rival de Mario (*Sylla et son Destin*); patriota avisado que profetiza la sangrienta hecatombe 1914-1918 (*L'Avant Guerre*); psicólogo profundo (*L'Hérédito*); ironista con mucho del espíritu molieresco por el don de la burla y por el desprecio a

los médicos (*Les Morticoles*); y en todas las páginas prosista suntuoso y sugerente. Para que no le falte ninguna superioridad, en (*L'Entremetteuse*), —la novela que en su epístola al arzobispo dice suprimir de la circulación—nos sorprende con intensas descripciones donde la pluma que a diario se empapa en vitriolo adquiere la agudeza maliciosa de una flecha de Eros, pero de un Eros complicado y refinado por largos estudios en la Salpetiere. Muy pocos escritores manejan con igual perfección ese arte difícilísimo de pasar de un estilo a otro, de cambiar de tema en un mismo día sin que el lector sospeche el doloroso esfuerzo que esa metamorfosis representa. Daudet no atribuye al diarismo, como hacen otros, un poder destructor o aniquilador, ni le acusa de avillanar el estilo por la precipitación con que deben redactarse esas páginas condenadas a vivir lo que las rosas. Todo lo contrario: proclama que él ha sido su mejor escuela, y que le debe la flexibilidad, la facilidad para construir frases ligeras, armoniosas y sobrias.

Sin duda el periodismo le ha dado también esa independencia de criterio que constituye una gran parte de su originalidad, ese no sé qué de revolucionario en la prosa que tan admirablemente se acopla con su temperamento.

A primera vista creemos imposible que un solo hombre pueda afrontar tan diversas y complejas actividades. Daudet publica uno o dos volúmenes por año, asiste a todas las sesiones de la cámara, es miembro de la academia Goncourt, lo que entraña la obligación de leer una serie de libros inéditos, y aun le ha sobrado tiempo últimamente para intervenir, con Paúl Bourget, Mauricio Barrés y otros más, en la distribución de un premio de veinte mil francos a la mejor novela moderna. A la vez pronuncia conferencias, organiza mítines de difusión monarquista y, casi hasta hoy, todavía encontraba una hora desocupada para medir sus armas con algún enemigo. ¿Cómo, después de uno de esos escándalos que su *verve* levanta en el palacio de los

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones

ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO

VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA